

EL LOBO.—¡Hum!

CAPERUCITA.—¡Ay, qué feas! Deben doler los ojos cuando Ud. pone sobre ellos de esas piedrezuelas ¿no es cierto?

EL ARENERO.—Los ojos no, niñita mía: la conciencia.

CAPERUCITA.—¿Qué es la conciencia?

LA GIGANTONA.—No quieras saberlo, chiquita. Cuando uno comprende lo que es ha hecho ya algo malo.

EL ARENERO.—(*Bajando la otra alforja llena de pedruscos blancos, rosas y azules*). Toma un puñado de ellas (*Y los muestra en la palma de la mano*). Estos son los bellos sueños y sólo los pongo sobre los párpados de los niños como Caperucita y de las personas buenas.

BARBA DE PLATA.—(*Al lobo, mirándose la barba*). Estos sí, compadre, que le son completamente desconocidos ¿eh?

EL LOBO.—(*Que asiste a la escena recostado al fogón*). ¡Hum!

CAPERUCITA.—(*Encantada*). ¡Qué lindos! ¿Y de cuáles me pondrá Ud. esta noche sobre los ojos, señor Arenero?

EL ARENERO.—¡Curiosilla! (*Ríe*).

(Se abre la puerta y entran, en montón, La Bruja del Río, El Hada del Bosque y el perro).

TODOS.—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

EL PERRO.—(*Meneando la cola*). Amita: desde mi caseta ví que tenías reunión y para que estuvieras más acompañada y alegre fuí a invitar a estas señoras.

(Los otros visitantes, menos el lobo, que sigue inmóvil junto al fuego, curiosean, en tanto, por la pieza y conversan entre sí. La Gigantona ha encontrado una muñeca coja y calva y se la enseña a Barba de Plata. Ambos ríen).

EL HADA.—(*Besando a Caperucita y silbeando las palabras*). Yo... trai... go... frambuesas... pa... ra...

CAPERUCITA.—(*Batiendo palmas*). ¡Para mí!

EL HADA.—(*Riendo*). Eso es: para la niñita buena que me lleva bollos y quesitos de cabra. Desde el verano las tengo escondidas en el tronco de un olmo para regalarte con ellas en el invierno, cuando ni el rey las tendría, aunque ofreciese un cesto lleno de diamantes a cambio de un canastito de frambuesas frescas.

CAPERUCITA.—¡Qué bien huelen! Parecen violetas.

LA BRUJA.—(*Que ha puesto su bastón sobre el arca*). Mi nietita: ¿hoy no me abrazas?

CAPERUCITA.—(*Colgándose a su cue-*

llo a todos). Perdóname, Gajo de Sauce. Estoy aturdida de contenta. (*A todos*). Y ahora: ¿vamos a jugar a la rueda?

TODOS.—(*A una voz*). Sí, sí, bailemos la ronda.

—La niñita lo quiere.

—Hagámosle el gusto.

—Sí, sí, sí.

(Se toman de la mano y empiezan a dar vueltas rítmicas, cantando a coro, al son de una música ligera):

A la rueda-rueda
que cayó del cielo
al agua del río
un lindo lucero.

A la rueda-rueda
que la princesita
para sus cabellos
quiere la estrellita.

A la rueda-rueda
que se enoja el rey
y ordena a los pajes
que no se la den.

A la rueda-rueda
que llega el galán
y a la princesita
se la ofrecerá.

A la rueda-rueda
que se casarán
y el rey y la reina
a la boda irán.

CAPERUCITA.—(*Parándose de pronto*). Deteneos. Deteneos. El lobo cojea.

(Todos se agrupan en torno de ella y el lobo).

CAPERUCITA.—¿Qué tienes? A ver. Déjame mirar esa pata.

EL LOBO.—Me clavé una espina. ¡Duele!

CAPERUCITA.—¡Cómo no te va a doler, lobo! Mirad qué negra cabeza tiene la espina. Y lo menos mide media pulgada de largo... Barba de Plata: abre mi cajita de costura que está allí, sobre el banco, y alcánzame la tijera... Está casi arriba de todo, no revuelvas, no sea cosa que me enredes los hilos...

BARBA DE PLATA.—Bien, bien... Con cuidado no temas. (*Le alcanza lo pedido*).

CAPERUCITA.—¡Ajajaa! (*Utiliza la tijera como pinza, forcejea, pero no puede extraer la espina*).

CAPERUCITA.—(*Desconsolada*). ¡No puedo! ¡No puedo!

LA GIGANTONA.—Dame a mí, hijita. Yo tengo gran fuerza.

CAPERUCITA.—(*Se la da y toma entre sus manos la cabeza del lobo, acariciándolo*). Ten paciencia, sufre un poco, que ya no te dolerá más.

LA GIGANTONA.—(*Da un fuerte tirón y muestra, triunfante, la espina entre las dos puntas de la tijera*). Ya está. ¡Vedla!

CAPERUCITA.—¡Qué grande y qué aguda! ¡Pobre lobo! Ahora voy a ven-

darte la pata. (*Saca del bolsillo un pañuelo y ata la pata herida del lobo*).

EL LOBO.—(*Pensativo*). ¡Qué bien me siento ahora! Caperucita es un ángel.

TODOS.—¡Hum!

EL HADA.—Bueno es que lo vayas comprendiendo.

LA BRUJA.—Sí, sí, «nunca es tarde cuando la dicha llega».

CAPERUCITA.—¡El fuego se apaga! Ayúdame a echar más leña.

(Todos arrojan astillas al hogar, y La Gigantona, puesta de cuclillas, sopla. Vuelve a alzarse, alegre, la llama).

CAPERUCITA.—Vamos a bailar ahora unas cuadrillas.

(Empieza la música y bailan cuadrillas. Al terminar, todos están agitados y alegres. El perro para, de pronto, las orejas e impone silencio, alzando hasta el hocico una de sus patas).

EL PERRO.—...Ruido de cascabeles.

CAPERUCITA.—Es madre que regresa. ¡Huid!

(Todos huyen por la ventana, menos el perro, que se tiende junto al fuego. La Gigantona, que pasa la última, corre la vidriera).

VOZ DE AFUERA.—Hijiiiita... Tírame la llave...

(Caperucita descuelga la llave y la arroja hacia afuera, por la ventana. Chirrido en la cerradura.)

SEÑORA MARTINA.—(*Entrando*). ¿Has hecho mucha calceta, Caperucita? (*La besa*).

CAPERUCITA.—Poca, madre.

(El perro hace fiestas a la recién llegada. Señora Martina se quita la capa y la cuelga de un clavo. Va a poner la cesta en el arcón y advierte sobre éste los restos de la merienda.)

SEÑORA MARTINA.—¿Cómo es eso, Caperucita? ¿Te has vuelto golosa? ¿No te dije que no tocaras nada, que yo vendría temprano para hacer la cena?

(El perro va, con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha, a echarse junto a la puerta. Caperucita, confusa, recoge una piedrecita azul, que sin duda dejó caer el Arenero junto al fogón. ¿Su sueño para esa noche?)

EL LOBO.—(*Desde afuera*). ¡Huh!

SEÑORA MARTINA.—No me gustan las niñas revoltosas. Yo creía que mi hijita no era glotona. (*Por los vidrios de la ventana aparece, borrosa, la cara blanca de La Gigantona. El lobo vuelve a hacer: ¡Huh!*)

Fin de la primera parte

JUANA DE IBARBOROU

(En el próximo número, la segunda parte).